**Danos hoy nuestro pan de cada día** ****

“¡*Danos nuestro pan de cada día*!” Esta oración proviene de una evidencia que a menudo olvidamos, y que nos la recuerda el Papa Francisco: que no somos criaturas autosuficientes y necesitamos alimentarnos todos los días.

Las Escrituras nos muestran que, para tanta gente, el encuentro con Jesús se realiza partiendo de una petición. Jesús no espera invocaciones refinadas, al contrario, toda existencia humana, con sus problemas más concretos y cotidianos, puede convertirse en oración.

El pan que el cristiano pide en oración no es “mío”, sino *“nuestro*”. Esto es lo que quiere Jesús. Nos enseña a pedirlo no solo para nosotros, sino para toda la fraternidad del mundo. Si no se reza de esta manera, el “*Padre Nuestro*” deja de ser una oración cristiana.

Así, Jesús educa a su comunidad, a su Iglesia, para poner ante Dios las necesidades de todos: “¡Todos somos tus hijos, ¡Padre, ten piedad de nosotros!”.

Estamos hablando en primera persona del plural, nosotros, "*nuestro pan*", somos incorporados al Cuerpo de Cristo, de tal modo que ya no vivimos solamente para nosotros mismos, sino que buscamos el bien del cuerpo místico entero, que es la Iglesia.

El Padre quiere que cuidemos unos de otros, que busquemos siempre el bien común, que venzamos el egoísmo, no podemos conformarnos con tener lo que nos hace falta si los demás no lo tienen también. El pan se multiplica solo cuando se comparte.

La segunda forma de entender ese "*nosotros*" es que no hacemos ninguna petición separados de Cristo, nuestra oración la hace Cristo.

**Oramos por Cristo, con Cristo, en Cristo**.

El Padre Nuestro es una oración eminentemente cristológica, rezamos en Cristo, *en Él*. Ha resucitado, es decir, que el mismo que nació en Belén y murió en la Cruz, ha resucitado con un cuerpo glorioso.

No han resucitado su espíritu, sus ideas..., sino que ¡*es Cristo mismo quien ha resucitado*! Él, que es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, que está sentado a la derecha del Padre, que veremos un día en majestad y gloria, en su segunda venida a la tierra, en la parusía; con el que nos encontraremos cara a cara después de nuestra muerte.

Cuando en la Santa Misa levantamos la ofrenda y decimos *"por Cristo, con Él y en Él"* le estamos diciendo a Dios Padre: *"Te damos todo, Gloria y todo el honor por Cristo, con Cristo y en Cristo".* No somos nada separados de Cristo, no funcionamos, nuestras acciones no valen si no estamos en comunión. Dios a la cabeza es quien reza, nosotros somos orantes.

Cristo siempre que ha hablado de lo material, ha hecho referencia a la dimensión sobrenatural y espiritual.

**El alimento esencial**

Le estamos pidiendo el alimento necesario, "*danos nuestro pan esencial, nuestro alimento esencial, lo que realmente necesitamos*". "*Danos lo absolutamente necesario*", entendiendo las dos dimensiones: material y espiritual (la Eucaristía).

Le pedimos a Dios el don de la Eucaristía, es decir, el don de Él mismo: “*Yo soy el pan vivo bajado de cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente*” (Jn 6, 51) ¡*necesito tu cuerpo, te necesito a Ti*!

**El alimento material y cinco pecados que deben evitarse**

Para entender cómo vivir con los bienes materiales hay que hacerlo como Cristo mismo lo hizo. Para entender qué es lo que necesito cada día, hay que mirar a Cristo y para ello hay que conocerlo en el Evangelio.

En esta petición le estamos pidiendo a Dios, según santo Tomás, que nos libre de cinco pecados, que desee solo lo que necesito y que no me engañe, buscando y solicitando cosas que realmente no necesito.

El primero es el ***apetito desordenado*,** que pide cosas que exceden a mi estado y condición. Deseo inmoderado de ser lo que no soy, de poseer lo que no tengo y que no es necesario para mi salvación. *Para ser santo hay que cumplir la voluntad de Dios*, nada más.

El segundo sería ***desear o incluso hacerse con bienes temporales, perjudicando a otros***. Deseo de tener lo que no es mío y que no es sustancial y fundamental para alcanzar la santidad.

El tercer pecado es la ***excesiva solicitud***, nunca están contentos con lo que tienen, continuo inconformismo, estar necesitando siempre otra cosa.

El cuarto pecado es la ***inmoderada voracidad***, consumir al día más de lo que se tiene. Pedir solo lo que necesito hoy.

El quinto es la ***ingratitud***, no es solamente desear cosas distintas, sino que lo que tengo no lo agradezco. Quien tiene fe, es capaz de ver el auténtico valor de los bienes que uno tiene*. Debemos dar gracias a Dios por lo grandioso que tenemos: ser hijos de Dios.*

Al decirle a Dios "*danos hoy nuestro pan de cada día*", le pedimos que nos de sus dones y que nos demos cuenta de que es y que no es lo esencial para el día de hoy, que nos basta con lo que es necesario para vivir cada día: en lo material, lo justo y en lo espiritual, la Eucaristía.

**Purgatorio y mal humor por falta de agradecimiento**

San Lucas nos dice: "*Uno de la gente le dijo: Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo*" (Lc 12, 13) La avaricia crea división, enfrentamiento entre hermanos; cuando se vive con ella, con egoísmo, cuando solo se busca nuestro bienestar, lo que falta es la caridad.

Estoy de mal humor cuando me separo del amor de Dios, cuando ya no lo consideró mi riqueza. Seamos reflejo de Cristo hablando con dignidad, estando de buen humor. Dice santo Tomás que "*lo propio del enamorado es vivir alegre, pues la alegría es el fruto del amor*”.

Al requerimiento del hermano que pedía que repartiesen la herencia con él, Jesús le dice: ¿*quién me ha hecho juez o árbitro entre ustedes*?" Y añadió: "*Guárdense bien de toda codicia; que, aunque uno esté en la abundancia, no tiene asegurada la vida con sus riquezas*" (Lc 12, 15). Cuando ambicionamos los bienes que no son esenciales, Jesús nos dice: *“¡Necio! Hoy te voy a reclamar el alma. ¿Para qué te sirve todo esto, si no te lo puedes llevar?”*. Preocupémonos por lo esencial.

**Práctica semanal:** Al rezar el Padre Nuestro esta semana, pondré mayor énfasis al pedirle “Señor, sólo quiero lo esencial, ¡no quiero más! Cada noche pediré al Señor tener el alma alegre y agradecida, por lo que me dio en el día, valorando lo que tengo y dejaré de pensar en lo que creo me hace falta.